

Ser o no ser un perfil en Internet. Investigadores americanistas y sus textos como parte del engranaje de lo digital

Daniel Escandell Montiel^{*} y Juan Carlos Cruz Suárez^{**}

Resumen: *El papel del investigador frente a la infopolución contemporánea y la inmersión en las Humanidades Digitales conlleva reforzar la presencia en los ámbitos digitales para potenciar su propia identidad y alcanzar una entidad suficiente de los proyectos e investigaciones realizadas. El americanista se enfrenta, además, a una tradición académica que no ha abrazado todavía con especial énfasis los nuevos paradigmas de la digitalidad. En este artículo se reflexiona sobre los condicionantes del investigador, los beneficios e inconvenientes de la construcción de presencia en red en un mundo glocalizado y se presenta, finalmente, el caso de la plataforma Latinoamericana.*

Abstract: To be or not to be: the internet profile. Americanist researchers and their texts as cogs in the digital wheel

The role of researchers, in the face of the modern world's info-pollution and Digital Humanities saturation, leads them to reinforce their presence in digital spheres, in order to promote their identity and give due prominence to their work. The Americanist must also face an academic tradition that has yet to fully embrace the digital paradigm. This article reflects on the determining factors for a researcher – the pluses and minuses of building a web presence in the “glocalized” world – and concludes by introducing the Latinoamericana platform as a case study.

Palabras clave: investigación, humanidades digitales, presencia digital, cultura RAM, estudios transatlánticos, glocalización

Keywords: research, Digital Humanities, digital presence, RAM culture, transatlantic studies, globalization

INTRODUCCIÓN

La etiqueta de las *Humanidades y Ciencias Sociales Digitales* se ha empleado de forma ambivalente y parece que seguirá siendo así todavía durante un tiempo. Por un lado, se refiere a la utilización de recursos y herramientas electrónicas para el desarrollo de esas disciplinas (por ejemplo, para la creación de ediciones genéticas de textos literarios); y por otro, hace referencia también al estudio de lo humanista y social en el contexto de lo digital, es decir, como parte de la sociedad y el ámbito del conocimiento y la expresión cultural y artística derivada de la integración en el día a día de lo tecnológico. En ambos sentidos, las dos partes de la expresión son de igual

^{*} Universidad de Salamanca, España, ✉ danielescandell@usal.es

^{**} Universidad de Aarhus, Dinamarca, ✉ romjccs@hum.au.dk

importancia: el futuro de cualquier disciplina o área de conocimiento pasa por evolucionar y aprovechar convenientemente el progreso tecnológico y, a su vez, ese progreso tecnológico modifica el objeto de estudio mismo de las disciplinas humanas.

Si orientamos nuestra atención en el papel del filólogo centrado en los estudios literarios como uno de los agentes culturales¹ de referencia, hoy en día no puede comprenderse ya la literatura contemporánea sin la inclusión de la esfera digital, tanto como espacio de producción de presencia (Gumbrecht 2004) como espacio de creación de obras y, por tanto, de ítems culturales que deben ser estudiados. Del mismo modo, un estudioso del Siglo de Oro puede recurrir hoy en día a muchas más herramientas, posibilidades de estudio y acceso a textos que sus predecesores gracias al progreso en la tecnología de las comunicaciones. Su trabajo se ha orientado ya en múltiples ocasiones a ediciones digitales que han aprovechado la potencialidad de la informática para crear proyectos mucho más complejos y completistas, como por ejemplo en el caso de la Biblioteca Digital Artelope (<http://artelope.uv.es/biblioteca/>), integrado en el Proyecto TC/12 Patrimonio teatral clásico español. Textos e instrumentos de investigación (<http://tc12.uv.es/>) de la Universidad de Valencia (España), por poner un ejemplo de los muchos proyectos afines que están desarrollando en toda Europa y América gracias al uso de TEI-XML.

Debemos asumir que estas etiquetas vinculadas a la gran eclosión y posterior penetración de las herramientas informáticas en el día a día de los creadores y de los investigadores tienen una cierta fecha de caducidad vinculada a la normalización de los elementos tecnológicos del cuadro de la cotidianidad. La ubicuidad de la tecnología conlleva su normalización, su cotidianidad y naturalización en el paisaje. Lo que hoy puede ser todavía una vía alternativa de trabajar con la edición textual será, en no muchos años, la forma por defecto, de la misma modo que poco a poco la publicación y generación de obras literarias fuera del paradigma libresco-impreso se hará cotidiano, un formato más de lo contemporáneo. Las etiquetas de la digitalidad se debilitarán cuando la frescura pase y la homogeneización de lo informático sea plena. El mismo significado que se le da hoy a fórmulas como sociedad digital o generación digital dejarán de tener sentido, precisamente porque son construcciones que parten de momentos de tránsitos epistémicos, formas de conocer y comprender la realidad, maneras de operatividad social. El grado de impacto de estas nomenclaturas efímeras se debe al alto nivel de exaltación de lo tecnológico que la sociedad de transición –aquella que venera la novedad y practica una suerte de *tecnoteología* en poco o nada diferenciada de otras pasiones

¹ El papel de agente cultural debe ser comprendido no solo desde un punto de vista condicionado por los patrones industriales de la comercialización cultural (es decir, lo que típicamente se ha asociado a figuras como el representante, el mecenas, etc.), sino también desde la perspectiva de la construcción de los referentes canónicos, por muy líquidos que estos sean hoy en día. Los bibliotecarios, como los libreros, son agentes culturales clave en la difusión de la palabra escrita, y el académico en la universidad asume también un papel evidente como codificador de los fenómenos culturales. Es, por tanto, agente cultural y forma parte de un constructo que cubre los planos económicos, industriales, culturales y artísticos en diferentes relaciones sinérgicas.

irracionales– ha mostrado. Esa fascinación, llevada al terreno de lo social, promueve marcos de actuación diferenciadores, con lo cual lleva a hacer que el sujeto tecno-fascinado se escinda entre lo que antes fue –su ya protohistoria, espacio de cavernas– y ese nuevo ser liberado e iluminado por la nueva realidad sobre la que pretende erigir la identidad con la que se proyectará hacia el futuro. Se trata, habrá que verlo así, de una fase ingenua. La digitalidad plena supondrá el fin de esa fase de iniciación, ese tiempo de fascinación colectiva.

Con todo, no es posible abstraerse de una realidad esencial. Esta quizá no influya en el mismo impacto en el ámbito de los investigadores y formadores, pero sí es un contexto de la sociedad-red diferente al de otras regiones y culturas. Los estudios sobre penetración de internet (esto es, la accesibilidad y normalización de la conectividad a la red y sus servicios) nos muestran índices más bajos en los países iberoamericanos que en otras regiones occidentales. Los datos aportados por la organización Internet World Stats (2014, n.p.) nos muestran que en los 14 países de la región sudamericana la penetración de internet a 31 de diciembre de 2013 (últimos datos auditados)² es de un 54,7% de la población total. En el Caribe la penetración des de un 39,6% y, por último, en Centroamérica y México la cifra (con datos actualizados a 30 de junio de 2014) es del 43,8%. Esto contrasta con la penetración del 84,9% de la población de EE. UU., Canadá y los otros territorios que entran en este grupo a efectos de la estadística de la organización (San Pedro y Miquelón, Bermudas y Groenlandia). La Unión Europea tiene una penetración de internet del 76,5%; si nos centramos en el territorio peninsular, Portugal se queda en un 62,1% y España alcanza un 74,8%. Todos los países experimentan crecimiento en la penetración de internet en su población en las cifras interanuales, alcanzando un 1 571,4% de crecimiento interanual entre 2000 y 2013 en Latinoamérica y Caribe.

ESTAR O NO ESTAR EN LA RED

El papel del investigador en Humanidades y Ciencias Sociales, como en otras áreas del conocimiento, se ha orientado hacia la construcción de una presencia digital como parte de la filosofía *publish or perish* que se ha impuesto en no pocos sistemas académicos del ámbito universitario europeo y americano. Desde luego, la otra cara de la moneda es que ese trabajo de investigación y publicación debe hacerse un hueco y llegar a la comunidad académica. La construcción de la presencia académica digital se concibe desde un punto de vista individualista (esto es, como potenciación de una cierta *marca yo*). De lo que se trata, a niveles pragmáticos, es de ser reconocido con el fin de poder tener acceso a ciertos mercados de trabajo y ciertos campos del conocimiento. Este reconocimiento solo será posible, por ello, en la medida en la que el proceso de construcción de la presencia adquiera los valores homologados por aquellos que diseñan los espacios de aparición del sujeto digital, del perfil académico. Y, además, habrá que tener en cuenta que todo espacio generado para la inclusión de una presencia académica responde también a una

² Salvo cuando se indique expresamente lo contrario, todos los datos extraídos de Internet World Stats están actualizados hasta el final del año 201 (últimos datos completos y disponibles en el momento de redacción).

serie de patrones comerciales. Se infunden con el derecho a decidir y por ello mismo a discriminar, haciendo que todo aquel que no acceda a la creación de uno de esos perfiles quede hacinado en espacios ajenos a la comunidad de conocimiento que ha sido previamente configurada por estos agentes comerciales. Se diseñan, con esto, nuevas estrategias de poder que surgen de una necesidad abierta en un mundo que se dinamiza a través del espacio digital. Este hecho hace que, pese a lo negativo que pudiera tener –como hemos sugerido– acaben por convertirse en meras herramientas que los investigadores acabarán por dominar y aceptar como una forma más de promoción académica.

La fenomenología de la identificación con la entidad digital como parte de la glorificación del *yo* se da en la sociedad-red a través de la blogosfera, las redes sociales y otros espacios de construcción presencial. Los datos aportados en los estudios de Orihuela (2006, 45-51) muestran de manera indiscutible que hay una gran cantidad de blogs, tanto en activo como en estado de relativa hibernación (aquellos que llevan meses sin actualizar sus contenidos), completamente privados (accesibles solo a lectores seleccionados), y que el archivo histórico de los mismos (esto es, la inclusión en el montante final de aquellos blogs desaparecidos en estos momentos) es difícilmente abarcable. La diversidad temática es, por tanto, igualmente significativa, en la medida en que como medio de exaltación del *yo* pueden orbitar principalmente en torno a los intereses particulares de cada bloguero, estando la literatura dentro de los mismos en cualquiera de sus diferentes expresiones, como creación, crítica o incluso didáctica. Sabemos que hay millones de blogs, y que su creación (y destrucción) es continua, en un constructo canónico imposible de fijar. Los espacios de identidad en la red son, por su pulsión extimista³ de enardecimiento del *yo*, formatos hipermodernos propios de “una sociedad liberal” (Lipovetsky y Charles 2004, 27). De hecho, Kenneth Goldsmith (2005) fue uno de los primeros en identificar la digitalidad como el nuevo espacio a conquistar, tanto por el conocimiento como por las personas, siguiendo la estela de Henri Lefebvre (1974) en su defensa de la producción de diferentes espacios, si bien el pensador francés abogaba estrictamente por el sustrato material. Es una visión fenomenológica del hecho presencial gumbrechtiano en la red donde no hay, en un sentido clásico, forma (*Gestalt*) donde “la conciencia no está integrada por elementos a la manera de las cosas exteriores, es un todo en el cual los elementos no tienen existencia separable” (Merleau-Ponty 1958, 39). Esa fuerte pulsión egocéntrica deviene en una de las perversiones elementales de todo sujeto que se hace –por libre albedrío– digital. No hablamos aquí de la creación de un perfil identitario autónomo al sujeto, sino de la máscara con la que ese mismo sujeto circunda la esfera digital. En este sentido, las teatralizaciones de los perfiles académicos se insertan en un protocolario recorrido por una serie de manifestaciones del *yo*. La existencia digital ha de entenderse siempre como existencia subalterna, condicionada, limitada a una serie de factores –económicos, sociales, culturales, técnicos– y sometida al imperio de la voluntad del sujeto.

³ Concepto que ha sido usado más habitualmente por psicólogos que, como deja intuir el juego de palabras, significa hacer pública la propia intimidad a través de un medio de comunicación de masas, ya sea la televisión con los *reality-shows* (y afines), o internet con los blogs y las redes sociales.

Impugnando aquí a Goldsmith, cabría decir que la no presencia en el espacio digital remite a una voluntad de existencia previa, un acto del libre albedrío que remite a lo más profundo de toda condición humana. La presencia digital, por tanto, no es más que presencia en sí misma. Ese ser digital no tiene como correlato o, mejor dicho, como contrario, un ser no-digital o analógico.

Dejando de lado ahora esta observación, continuaremos alegando que este proceso de identificación con la identidad digital exige una nueva reconciliación entre la esfera de virtualidad y la mental del autor en un proceso que cobra una importancia creciente en la sociedad moderna con una hegemonía que trasciende incluso la macrovisión supranacional (Lefebvre 1974, 401-414), cuestión que abordaremos posteriormente. En un contexto abierto, completamente transfronterizo, la constitución de una *marca yo* digital puede convertirse en esencial para los procesos de evaluación de calidad del investigador como resultado de los paradigmas de los sistemas derivados e inspirados en la filosofía de AltMetrics (<http://altmetrics.org/manifesto/>). En su manifiesto se destaca la importancia de los filtros, las recomendaciones de otros especialistas y la visibilidad en línea del investigador: “as many as a third of scholars are on Twitter, and a growing number tend scholarly blogs” señalando como elemento a potenciar la “self-publishing via blogging, microblogging, and comments or annotations on existing work” (AltMetrics 2010, n.p.).

La propuesta se sitúa en el eje de extimidad llevada ya no al comportamiento social o incluso al recurso literario digital (Escandell 2014), sino a la labor del investigador-docente que debe, según estos planteamientos, ya no solo *publicar o morir* sino *publicitar o desvanecerse* en el miasma de la continuada y masiva publicación académica. La situación se agrava más, sin duda, en el ámbito de los estudios literarios peninsulares e iberoamericanos si tenemos en cuenta que tradicionalmente las revistas orientadas a estas áreas de investigación no han hecho esfuerzos específicos para ser clasificadas positivamente en los sistemas de evaluación tradicionales, es decir, para potenciar su presencia en índices como JCR y otros baremos de presunta objetividad que han sido tomados como referencia suprema por los organismos de evaluación de la calidad del profesorado investigador. Frente a la relativa dificultad para encontrar revistas de estudios literarios latinoamericanistas (dentro del ya de por sí escaso panorama de revistas de Humanidades y Ciencias Sociales que recogen esos sistemas clasificadores), se percibe una mayor presencia de los estudios anglófonos y de otras lenguas. El latinoamericanismo y los estudios peninsulares no han sabido o no han querido entrar en el juego de la evaluación pseudoobjetivista que sí han abrazado las ciencias denominadas “puras” y otras tradiciones de estudios literarios.

Se crea, así, un círculo vicioso que podemos ver ya claramente: el filólogo orienta sus esfuerzos a la publicación en revistas de prestigio por su tradición y calidad que no necesariamente se ven reflejada en las puntuaciones que posteriormente evaluarán su trabajo, o bien busca revistas que sí le den esos puntos pero que estarán, muy posiblemente, fuera del ámbito de interés real o bien serán parte de un proceso de canibalización de los esfuerzos académicos por parte del sistema anglófono. La construcción de una fuerte presencia digital, la difusión del trabajo de investigación por canales sociales digitales y la construcción de una *marca yo* como

parte del paradigma AltMetrics pueden ser herramientas que ayuden a corregir esta situación, al menos parcialmente. A tales efectos existen ya múltiples redes profesionales y académicas que permiten entablar relaciones con otros investigadores, publicar y compartir artículos, etc. De hecho, empieza a darse una infopolución evidente: ¿cuántos perfiles debe tener el investigador para potenciar su *marca yo*? ¿Cuántas redes sociales “profesionales” debe habitar y cuánto tiempo puede permitirse derivar de otras actividades a estas? Y, sobre todo, ¿es suficiente la recompensa que se obtiene? La respuesta de tipo pragmático a un problema evidente –el de la necesidad de presencia frente a la necesidad de insertarse en un mercado laboral académico cada vez más restringido– no parece que sea suficiente para responder a la última cuestión que hemos planteado. Nos tememos que un exceso de pulsión presencial –por decirlo de alguna manera– genere precisamente un tipo de investigador en presencia digital, pero ausente, seguramente, de lo que debería ser una verdadera labor investigadora. Esta última requiere de unos tiempos que no se ajustan al del espacio digital –donde todo fluye a mayor velocidad, todo sufre una suerte de aguda aceleración⁴–. La generación de presencia constante provoca, a nuestro juicio, un tipo de nueva obsesión por *ser-estar* en línea, por no invisibilizarse en el conjunto de confluencia informativa RAM⁵. Estamos ante un tipo de deriva que no favorece a la investigación de calidad, aunque, eso sí, realce los valores teatrales de este nuevo espectáculo del conocimiento. Porque es eso, en definitiva, un nuevo circo social digitalizado en el que domina una fuerte pulsión de reconocimiento. Estamos, en todo caso, hablando de esta operación cuando es llevada al extremo, cuando ha dejado de lado la parte meramente curricular y objetiva que apela a una figura profesional, para derivar a una obsesión compulsiva por adquirir en esencia los valores de una existencia dentro del marco de lo digital, es decir, cuando la existencia subalterna –la presencia e identidad subalterna, la digital, como antes la llamábamos– adquiere el rol de existencia real, obviando su condición de mero producto expresado a través de protocolos diseñados previamente: existencia, por tanto, bloqueada en el interior de los propios esquemas técnico-constructivistas con los que se genera, incluyendo en ello la misma forma de energía que le otorga el privilegio de ser, aunque sea de forma efímera, en el espacio digital.

Por otra parte, esta obsesión de presencia –al margen por tanto del lado funcional que la creación de tales perfiles pudiera tener– puede hacer del investigador un tipo de entidad vendible, negociable, transferible como producto, no

⁴ Esta aceleración conduce a una obstaculización de la prognosis a corto plazo “porque los factores involucrados en ellos se han multiplicado” (Koselleck 2000, 95), lo que sucede tanto por esa celeridad creciente como por lo expansivo del fenómeno que conduce a la pulsión de una fuerza renovadora constante quizá más allá de lo que podría considerarse como necesario al reforzar el valor de lo nuevo por ser, simplemente, nuevo.

⁵ He aquí también una forma de entender la generación de un sujeto digital en un marco cultural específico, el de una *cultura RAM*, a fin de cuentas, como nos recuerda José Luis Brea (2010). Esta noción es fundamental para comprender la manera en la que se dinamiza la cultural y el conocimiento digital, factores esenciales, a fin de cuentas, para visualizar la forma en la que la presencia se disuelve en una magma completo que confluye en esa caracterización como espacio RAM.

como sujeto; por tanto, la *marca yo* devendrá aquí en una suerte de mercadería expuesta en el mayor escaparate imaginable a día de hoy. La construcción minuciosa del producto, su diseño, desde la elección de la fuente de escritura al uso de imágenes o la selección de los colores que componen tanto los blogs, como las webs personales o los perfiles en determinadas redes sociales de carácter profesional, nos indican claramente el control de esa mercadería que el sujeto real posee. Se trata, por ello, de la configuración de un yo (la *marca yo*) que representa al sujeto de origen, digámoslo así, sujeto o entidad real, para evitar la etiqueta de lo analógico. Y ese proceso de configuración consiste, por ello, también, en un dominio de la capacidad de atracción –es decir, de publicitarse o promocionarse– que el sujeto real es capaz de producir para venderse sociodigitalmente. Se nos antoja que una fuerte concentración de esfuerzos en esa dirección haría que el conocimiento real al que el investigador interpela fuera igualmente traspasado por ese afán de comercialización del yo, haciendo que el propio conocimiento adquiriera valores de producto, de mercadería. He aquí la importancia de homologación y uso racional de los sistemas de creación de perfiles. Solo a través de una cierta ética del conocimiento garantizaremos que del teatro de la marca publicitaria del yo pasemos al dato real –la megabase de datos de perfiles académicos– en la que la investigación primará por encima de su exhibición teatral. En este sentido, entendemos que la presencia del investigador a través de estos canales digitales le dará la oportunidad de ampliar el archivo general de conocimientos –dada la entrada en circulación de los campos específicos que domina– y con ello mejorando u optimizando el rendimiento de otros investigadores que se acercan a los mismos campos de estudio. Hablamos aquí de presencia digital en sentido dialéctico, es decir, que establece una comunicación con todo el sistema no a través de los mecanismos de persuasión que convierten al investigador en producto, sino aquellos recursos que lo hacen ser por encima de todo sujeto consciente en cuanto a su responsabilidad académica y el papel que esta tiene dentro de la llamada por Pierre Lévy inteligencia colectiva⁶.

EL TEXTO EN LA RED; EL TEXTO DE LA RED

Un pilar igualmente fundamental en la construcción de la identidad digital del yo académico es la presencia de los textos más allá de la mera digitalización (escaneado) o difusión de archivos en formato electrónico como el PDF. Tengamos en cuenta una tipología básica de textos digitales siguiendo el planteamiento establecido por José Manuel Lucía.

Habría, según Lucía, tres clases fundamentales de texto digital, a saber: 1) la reproducción digital de un manuscrito o libro impreso (mediante escaneado); 2) la creación de textos generados de manera nativa en entorno electrónico (mediante procesadores de texto) para su conceptualización en página; y 3) el texto digital puro pensado específicamente para ser consumido a mediante la pantalla. En este último caso nos encontramos con que:

⁶ Este autor se refiere a la forma en la que se fija en el espacio social un conjunto de saberes específicos, su especialización, organización y distribución (1998, 100-106). La creación de perfiles con fuerte presencia en internet viene a constituir una manera actual de consolidar esa inteligencia colectiva que circula y confluye en la esfera digital.

Las posibilidades de experimentación en el futuro son mayores, puesto que no se trata tanto de emular en el medio digital modelos textuales imperantes en el analógico como de indagar en sus nuevas posibilidades, donde la capacidad de relacionar información (por el creador, el lector y el propio medio) puede ofrecer experiencias y posibilidades hasta ahora fuera de nuestros pensamientos e investigaciones. (Lucía 2012, 116)

Este componente experimental no es solo una cuestión de futuro, sino que ha desarrollado ya esa fase experimental y debe avanzar hacia la madurez y consolidación creativa, en sus planteamientos principales: los de la redacción digital. No obstante, la relación hipertextual no sería estrictamente ajena al mundo analógico, según ejemplifica Eco al recordar que “in a traditional book one must read from left to right (or right to left, or up to down, according to different cultures) in a linear way. One can obviously skip through the pages, [...] but this implies physical labour” (Eco 2003, n.p). Aunque el poder saltar de una página a otra en un libro apenas pueda ser considerado seriamente como un salto hipertextual incluso en los términos más laxos del concepto, en ocasiones se ha aplicado a literaturas prehipertextuales partiendo de la definición dada por Ted Nelson en la revisión el uso del término que él mismo inventó:

By now the word “hypertext” has become generally accepted for branching and responding text, but the corresponding word “hypermedia”, meaning complexes of branching and responding graphics, movies and sound –as well as text– is much less used. Instead they use the strange term “interactive multimedia”: this is four syllables longer, and does not express the idea of extending hypertext. (Nelson 1992)

Se recorre en lo hipermedia/hipertextual un proceso de abstracción que afecta también a la conceptualización libresca. De hecho, ante la abstracción y el desdibujado conceptual de internet, es harto necesario establecer distinciones que permitan erradicar la confusión existente todavía en determinados ámbitos entre forma y formato en la textualidad digital. En definitiva, no toda publicación en formato digital es una obra nativamente digital: esta consideración debería reservarse a los textos nacidos electrónicamente empleando tecnologías que hacen que ese mismo texto no sea viable en el paradigma de papel sin un proceso de conversión y adaptación que implique una mutilación de aspectos sensibles de la obra, o bien que en su proceso creativo las tecnologías digitales hayan permitido un desarrollo diferenciado con respecto a los sistemas de concepción del paradigma de papel.

Paralelo al concepto de *nativo digital*⁷, como persona, está el de *texto nativo digital*, es decir, aquellos textos creados, publicados y distribuidos electrónicamente

⁷ Somos conscientes de la precariedad y escasa durabilidad que este concepto puede tener. Valga en todo caso la paradoja para hablar de aquellos sujetos nacidos en la época posterior al boom tecnológico de las últimas décadas. La propia etiqueta está llamada a su desactivación en cuanto se produzca no solo la total homogenización tecnológica de la sociedad potencialmente conectable, sino cuando en los sistemas de conocimiento dejen de pronunciarse los discursos reaccionarios de la generación anterior, aquella que vivió el tránsito y que no supo o no quiso entender los profundos cambios sociales que se avecinaban con esta nueva forma de interacción social. Véase aquí un guiño a la manera en la que Jordi Gracia señala a este tipo de sujetos como intelectuales melancólicos (2011).

que no se pueden verter como tal al papel. Se trata de textos que por su conceptualización hipermedia requieren ser adaptados en mayor o menor grado para su paso a los formatos impresos y que, por tanto, van más allá del texto plano y no interactivo. Si esto se da ya en las formas literarias contemporáneas podemos asumir que el texto académico y ensayista progresará potencialmente en este sentido como ya sucedió con *Los estilistas de la sociedad tecnológica* (2001) de Antonio Rodríguez de las Heras. En este caso se trata de un hiperensayo explorativo diseñado sobre el software Shockwave en el que el lectoespectador receptor debe aprender a usar como un software más de tal modo que pueda navegar-leer el ensayo e interactuar expresamente con su estructura rizomática. Se articula, de este modo, como una lectura hipertextual, no lineal, y necesariamente activa por parte de los receptores. Ha sido diseñado y concebido para un sistema alejado ya plenamente de la estructura secuenciada del papel –real y electrónico–.

Sin embargo, dado que no puede hablarse de una gran profusión de textos de este tipo en el ámbito académico, debemos asumir que las exigencias en cuanto a diseño y cambios conceptuales (no puede plantearse del mismo modo un texto lineal que uno de recorrido libre) no han tenido suficiente impacto todavía a la hora de construir textos académicos –ni en la tradición latinoamericanista ni en otras– que puedan responder a ese paradigma hipermediado. Los esfuerzos, en cambio, se han orientado hacia el etiquetado e inclusión de metadatos, es decir, la información que herramientas externas (por ejemplo, los buscadores de internet) pueden interpretar y clasificar. Esto no puede limitarse solamente a unas pocas palabras clave que sirvan como descriptores de un artículo: la conceptualización del etiquetado debe ser más profunda para construir un tejido de conexiones que enlace dinámicamente el texto producido a potenciales textos ya existentes y con la capacidad de multiplicar su tejido de relaciones dinámicamente a través de la clasificación acertada de sus características.

Es así como se regresa, de nuevo, a la presencia digital. Este regreso hay que entenderlo en términos construcción y solidificación en la red, o de impacto –si se prefiere–. No cabe duda de que este proceso no arroja dudas sobre el valor de esa configuración presencial como un activo que opera en favor del propio conocimiento. Será la comunidad académica la que irá delimitando o perfilando aquella presencia inicial que el investigador ha lanzado al espacio digital. En este sentido, la divulgación que otros pudieran dar a esos trabajos que una *marca* ya concreta ha realizado, así como el proceso de referencialidad abierto mediante la citación en línea, por ejemplo, adquirirán el sentido de una forma novedosa de autorización del trabajo de investigación realizado por un determinado investigador. La presencia digital, entonces, parte del diseño protocolario del investigador y se forja y dimensiona digitalmente una vez que esta presencia es reconocida por la comunidad académica hiperconectada, es decir, una vez que el sujeto es percibido y fijado como figura actante en el mapa del conocimiento digital. Estamos ante una variación moderna de aquel *esse est percipere* (“ser es percibir”) de G. Berkeley, donde la percepción de los otros, es decir, el reconocimiento en la esfera digital del sujeto particular –su identidad digital como investigador– acabará por confirmar la existencia de esa presencia, le otorgará sentido ontológico, confirmación, por tanto, como actante en la propia sociedad del conocimiento.

ESTUDIOS MÁS QUE TRANSATLÁNTICOS

Anteriormente hemos indicado cómo la sociedad moderna trasciende la macrovisión supranacional que identificó Lefebvre. Este fenómeno es paralelo a la disolución como elemento de oposición de la microvisión local, pues esta modifica su percepción limitada de modo que lo localista sigue siéndolo pero se hace, a su vez, universal. Esto es parte del fenómeno que se ha asociado a la *glocalización* y que ha influido ya en los rasgos lingüísticos de la panhispanidad y también en lo cultural y literario. Esto trasciende las clásicas divisiones geográficas, pues ya no tienen lugar: un ítem cultural (sea este un texto, una canción, un vídeo, etc.) generado en cualquier punto del mundo puede ser consumido instantáneamente en cualquier otro. Existe simultáneamente una fragmentación geográfica y una negación en la práctica de la misma. O mejor aún, se produce una disolución de los parámetros geográficos –demarcativos, fronterizos, limitados– para dar lugar a un macro núcleo RAM, una corriente informativa permanente que conforma la gran red de interconexiones desde la que emergen nuevos productos culturales y se erigen las nuevas señas de identidad del imaginario colectivo de ese espacio digital. En esa corriente de transferencia y recepción de información continua, las figuras representativas de la comunidad de usuarios son potencialmente universales (esto es, claro, dentro de ese micro universo digitalizado).

Los estudios literarios contemporáneos deben lidiar con la *glocalización* como un elemento más de la digitalidad en la medida en que las fronteras espaciales y las dilaciones temporales no son ya aplicables y se construye una esfera supracultural de aparente homogeneización. Este componente homogéneo es, con todo, un *input* colonialista de la cultura (o culturas) dominantes, que en estos momentos es fácil identificar con la estadounidense. Evidentemente el desarrollo de la digitalidad avanza de forma determinante a partir del impulso que esta ha recibido en determinadas sociedades, aquellas que han apostado por el desarrollo tecnológico.

La *glocalización* surge como fenómeno de consumo de esos productos (ya sean aparatos concretos, softwares u otros sistemas vinculados a la navegación por internet), y no como el resultado del desarrollo homogéneo de tecnologías competitivas. De ahí, también, que en realidad más que de un neocolonialismo digital circunscrito a los intereses económicos y culturales de un determinado estado, habría que hablar de colonialismo ejercido por multinacionales concretas y su necesidad de pervivencia a través de la venta de productos que, en teoría, garantiza la presencialidad del sujeto en el nuevo mundo digital. Es esa necesidad creada la que nos ata ya de por vida al consumo de estos viene materiales. En ellos, en su operatividad, se halla la existencia de todo aquel investigador –aquella persona, en definitiva– que quiera tener presencia en ese marco.

Así mismo, los medios de comunicación audiovisual que son hoy en día tradicionales (es decir, radio y televisión) ya aceleraron la comunicación y facilitaron la descodificación de sus contenidos al no requerir intermediarios, como el telegrafista. Sin la necesidad física de sortear los obstáculos de la realidad que habitamos (como hacen las cartas postales que enviamos todavía en la actualidad), la demora en las comunicaciones se había reducido sensiblemente, pero se mantiene la jerarquía de las pirámides de poder tradicionales. En los albores de la

internet actual, la que se rige por los ideales del *dospuntocerismo* socializante (y abraza, aunque con timidez, la potencia semántica del 3.0), la web mundial seguía todavía ese esquema de poder en el que los emisores eran pocos y muchas veces asociados a entidades empresariales o estatales. La comunicación entre usuarios estaba restringida a ciertas comunidades (que pronto devinieron en foros y chats) y no era habitual que un individuo tuviera su propio espacio en la red: solo los más avanzados, aquellos con conocimientos de las tecnologías y sin trabas –incluidas las económicas– para ponerlos en práctica podían dar ese paso.

Los blogs son el epítome de la constitución de una sociedad-red enteramente rizomática y, por tanto, descentralizada en cuanto a sus espacios de poder. Con el blog primero (en sus muchas encarnaciones), y luego también con la red social, el usuario tiene su espacio propio –más bien, cedido por la estructura empresarial que le asimila como producto–. Esto le concede la fuerza de no ser ya un receptor de información verticalizada, sino de integrarse en una horizontalidad –real o impostada– de comunicación; cuando la conexión a la red es cuasi permanente (pues la tecnología lo permite y los dispositivos demandan continuamente la atención de sus propietarios mediante los muchos avisos y alarmas de todos los sistemas que habitamos virtualmente), el rizoma es completo y total: el usuario es un nodo de emisión-recepción en una estructura descentralizada bajo el paraguas de las corporaciones que lo han auspiciado como nueva vía de negocio⁸.

Así, ya no es solo la recepción inmediata de la información, sino la emisión de la misma, lo que es posible sin demoras. Emisión y recepción que no deben, a nuestro juicio, separarse nunca de la correcta asimilación y crítica del material que se pone en circulación, precisamente para evitar el desarrollo en paralelo de la creciente superficialidad que rodea a todo medio comunicación masivo. Volviendo a la potencia valiosa de esa transferencialidad de información rápida, lo mismo experimenta el autor literario, que puede publicar sus escritos de manera inmediata a través de una plataforma web o incluso mediante la distribución en cualquiera de los múltiples formatos del paradigma del libro electrónico. De este modo, la literatura se mueve potencialmente a la misma velocidad que las noticias o cualquier otro producto de consumo que no precise ya de un soporte físico (o que pueda convertir sus bytes en entidad física mediante servicios locales). Los autores están ya en la sociedad-red y eso significa que tienen noticia inmediata de qué hacen, producen, crean, leen, comentan, etc., los demás escritores: leen cotidianamente y las tertulias entre autores ya no son exclusivas de encuentros, conferencias o cafés literarios decimonónicos: se suman los *posts* en sus blogs y los comentarios en sus muros de Facebook. Se lee compulsivamente, hecho que confirma –en realidad contra la injerencia de ciertas fuerzas reaccionarias e involucionistas– que ninguna sociedad en la historia ha leído tanto como la actual⁹. Los espacios temporales y

⁸ Hacemos nuevamente alusión aquí a que ese negocio se centra, finalmente, en la necesidad de presencia y existencia digital que previamente se había creado. Lo que se negocia, por tanto, es un lugar, un espacio y un nombre dentro del esa red de la que ya no podemos desvincularnos.

⁹ No entraremos aquí en la cuestión de la calidad o de la forma en la que leemos, pero indiscutiblemente la sociedad actual está expuesta a una cantidad de información

físicos se reducen en la virtualidad e incluso dejan de ser relevantes. El circunmundo literario de un autor en Buenos Aires es, en esencia, el mismo que el de uno en Madrid, porque esa realidad inmediata ya no es –solo– local, sino global. Los estudios iberoamericanistas deben asumir esta desfronterización como parte de lo contemporáneo pues a las tradiciones propias de cada país y región debe ya añadirse la consideración del nuevo *input* digital y de la experiencia vital (virtual) compartida frente a la experiencia vital (real) aislada. ¿Cómo debe afrontar la tradición de los estudios literarios tradicionales, fragmentados por épocas y fronteras políticas, la existencia glocal de los nuevos objetos de estudio?

EL CASO DE LATINOAMERICANA.
ASOCIACIÓN DE REVISTAS LITERARIAS Y CULTURALES

Si bien antes hablábamos de ese macromarco que es internet como medio de confluencia de distintas culturas que desequilibran el marco de lo local para instaurar un sistema de glocalización permanente, habrá ahora que señalar un límite que nos parece insalvable¹⁰: la cuestión idiomática. La navegación y la transferencia informativa está constreñida a la comprensión del código lingüístico usado en dicha interrelación digital. El desconocimiento de las lenguas que circulan por la red hace que el usuario, en este caso el investigador, vea limitada la potencial expansión de su presencia. Este hecho hace que hablemos de redes idiomáticas dentro de la gran red que es internet. Una de esas redes, muy poderosa sin duda alguna, lo constituye la esfera digital latinoamericana, y más concretamente la que se compone de todo el espacio de interrelación digital de habla hispana. No se trataría, en todo caso, de una red independiente, separada, aislada, sino de una masiva interconectividad que surge dentro del propio sistema general y que se ve propiciada por el uso de un mismo código lingüístico y, en gran medida también, cultural. Esa presencia efectiva nos ofrece a todos los hispanohablantes un espacio de proyección digital íntimamente vinculado a ese marco de acción comunitaria con el que nos identificamos y desde el que nos situamos en ese nuevo terreno de confluencia en el que se transfieren las señas de identidad digital de todos estos pueblos. Estamos aquí ante un activo cultural y de conocimiento nada despreciable. Esta comunidad ha adquirido paulatinamente una importancia central dentro del panorama general de las conexiones a internet. El mapa de la digitalización en Iberoamérica ha crecido de forma considerable, a la par que las economías de muchos de nuestros países se han estabilizado y han apostado por la modernización tecnológica de sus sociedades.

inabarcable, tanto en su formato gráfico como en imagen, que confirma la evolución de las formas en las que los seres humanos conocen o aprehenden la realidad en la que viven.

¹⁰ Además de otros, como serían la capacidad económica de los usuarios, el nivel de desarrollo de una determinada sociedad, infraestructuras técnicas adecuadas, conectividad, destreza personal en el uso de medios tecnológicos, y un largo etcétera que señala que no todos somos seres con presencia en lo digital. Este factor deberá ser estudiado en su vertiente ética, pues de lo que estamos hablando aquí es del surgimiento de nuevas formas de marginalización social que no debemos despreciar si lo que se pretende es situarnos en el flanco de las sociedades civilizadas e integradoras que rompen el viejo modelo demarcativo del Otro y lo otro.

Este desarrollo de la interconexión digital latinoamericana ha de ser vista entonces como la generación natural de una macro-comunidad digital que se enmarca en un dominio idiomático concreto, espacio en el que se vierten las distintas señas de identidad cultural local que son transferidas al macrosistema compartido, donde se glocalizan y contribuyen finalmente a la disolución de barreras y a la mayor integración de todas las culturas que componen esa macro-comunidad. Y no solo a esas culturas, sino a todos aquellos sujetos que hayan adquirido conocimientos de esa lengua y de ese marco socio-cultural, pues ellos, en su dominio del idioma, acaban siendo parte de toda esa intra-red digital hispana, enriqueciendo y colaborando en la fijación y desarrollo del propio carácter comunicativo e identitario de todo el conjunto con el que se disuelve, convive y finalmente confluye hasta dar forma a al espacio digital completo. Cabe señalar, en esta dirección, que para lograr una fuerte consolidación de este movimiento de cohesión digital hay que superar ciertos retos –como ya se ha sugerido– a través de mecanismos de instrucción o educación que forme no solo usuarios, sino personas habilitadas para conocer a través de los nuevos medios.¹¹

En este contexto, los investigadores latinoamericanistas tienen un espacio de presencia muy amplio –cuantificando esa amplitud en el número potencial de receptores, en este caso, dentro del ámbito de unos estudios concreto–. Esa existencia digital expone a todo un conjunto de especialistas una gran cantidad de material académico y científico útil no solo para la sujeción de esa presencia digital –aquí esto nos parece secundario– sino sobre todo para enriquecer el panorama de los estudios de las distintas disciplinas que componen el latinoamericanismo.

En ese sentido, haremos mención como ejemplo paradigmático del buen uso de las estrategias de presencialización, la iniciativa surgida con la creación de la plataforma *Latinoamericana. Asociación de Revistas Literarias y Culturales* (<https://www.facebook.com/Latinoamericana.Redderevistas>). Esta propuesta parte como una idea del profesor de estudios latinoamericanos de la Universidad Javeriana de Bogotá Jeffrey Cedeño. Este investigador inició, hace algo más de un año, un recorrido por distintos buscadores que le llevaron a configurar un primer bloque de contactos de editores de revistas especializadas en el tema. Tras una llamada general a la cooperación, los distintos editores consolidaron y avivaron el nuevo espacio de comunicación generado a partir de la integración de sus propios contactos. Este primer movimiento nos sitúa en una dimensión de carácter comunicativo muy estimable. El mismo mecanismo de lanzamiento de la información y de búsqueda de compromiso muestra la potencia de la red –y de la presencia en red– como vehículo para alcanzar, en este caso, un cierto corporativismo y, finalmente, una asociación académica al más alto nivel. Los investigadores de campo, así como los propios editores participantes, recurren de esta manera al canal de confluencia informativa digital para asegurar ese compromiso de carácter asociativo. No cabe duda de que estamos aquí situándonos en el flanco nuevamente de la generación de presencia, de la construcción de un marco en el que se facilita la

¹¹ Hacemos mención aquí al valioso trabajo de Inés Dussel y Luis Alberto Quevedo “Educación y nuevas tecnologías: los desafíos pedagógicos antes el mundo digital” que indicamos en la bibliografía.

emergencia de sujetos, de fenómenos y de la producción académica que solo puede beneficiar a los estudios latinoamericanos.

Dicho esto, hasta la fecha la asociación ha logrado unir en poco tiempo a un grupo de casi cien publicaciones académicas de Europa y América especializadas en los estudios culturales, sociales y literarios de Latinoamérica. Esta unión de esfuerzos por parte de los editores participantes tiene como fin –como ya se ha insinuado– no solo compartir experiencias editoriales, sino más aún, homologar criterios de calidad en base a la evaluación de artículos, consolidar el intercambio de información, fomentar la cooperación o incluso el intercambio de investigadores, crear éticas de edición comunes o intercambiar conocimientos que lleven a la mejora de la calidad científica de las publicaciones que permita la indexación correspondiente a esos mismos niveles de exigencia cualitativa. Todo este intercambio se ha ido produciendo paulatinamente a través de conversaciones vertidas en red, es decir, a partir de *emails* o mediante el uso de redes sociales. A día de hoy, podemos indicar que *Latinoamericana* ha adquirido para todos los integrantes de esta asociación una fuerte presencia y una estable forma de intercambio de información académica de alto valor para la investigación. Esta presencia ha dado, a su vez, un espacio de existencia más amplio a las revistas particulares y a los investigadores que las coordinan, con lo cual se ha ido estrechando el círculo antes imprevisible de una comunidad de conocimiento que se reconoce en el espacio digital. Este paso previo ha servido para promocionar un próximo encuentro durante 2015 en el cual los editores miembros de *Latinoamericana* se reunirán por primera vez de forma física para avanzar en el desarrollo y mantenimiento de esta potente herramienta de intercambio de información para la sociedad digital latinoamericana y, con ello, para la sociedad latinoamericana en general.

Por último, resulta interesante –desde la perspectiva que estamos aquí desarrollando– destacar que la estrategia de presencialización se desvincula del investigador particularizado para pasar a dirigirse a publicaciones concretas. Este hecho ha facilitado que muchas revistas que circulaban en su versión papel o digital hasta hace unos meses hayan pasado a formar parte de repertorio de consultas de un mayor número de investigadores. La red creada ha dado presencia académica a las revistas y, con ello, paralelamente, ha ido cobrando más presencia en red los mismos estudios latinoamericanos que en ellas se elaboran. Estamos, por tanto, ante una de las consecuencias positivas de ese *estar* o *ser* en el marco digital, pues la transferencia lograda consigue mejorar la visibilidad de estas disciplinas académicas y, con ello, se fortalece un área de estudio necesario para mantener el grado de cohesión interdigital de una comunidad de usuarios de gran magnitud. De lo que estamos hablando, en conclusión, es de fijar la presencia de investigaciones que cooperan en la emergencia y consolidación de una cultura –con todas sus posibles particularidades– y su presencia en el espacio digital, desactivando, con ello, la potencial marginación que la digitalidad practica con aquellos sujetos o agentes desconectados. Se evita, así, su potencial inexistencia y se confirma su presencia digital y, por tanto, su existencia plena como cultura y sociedad llamada a establecer y fortalecer todos los lazos a través de los que se construye e integra todo su tejido o fisionomía completa.

No podemos, por ello, desdeñar operaciones como la aquí presentada. El rigor futuro de los trabajos académicos emprendidos por todos los especialistas en este campo de estudio pasa en gran medida por el filtro de su exhibición o presencialización en red. A día de hoy se nos antoja una realidad insoslayable, un recorrido necesario e irrenunciable, pues nos corresponde a todos la responsable y valiosa tarea de mantener activo este campo del conocimiento humano. La presencia en red de nuestros estudios a través esta amplia red de revistas (sean estas digitales o no) en las que potencialmente se exponen o publican numerosos artículos ofrecen al profesional especializado una motivación, si se quiere, de carácter ontológico: pues se trata, al fin y al cabo, de *ser* en ese espacio, de aparecer en él y cobrar una voz que puede adquirir un mayor eco, un mayor impacto. Ese sonido invisible –valga el oxímoron–, ese *estar* o *ser* en la esfera digital no es una mera aspiración de carácter egocéntrica –como ya hemos sugerido–, sino un tipo de nueva legitimidad frente a unos tiempos y unos ritmos vitales también nuevos. De ahí la necesaria búsqueda de formas de interacción y asociación que faciliten la emergencia sobre ese teatro digital de todos esos investigadores que surcan el ancho campo de nuestras respectivas especialidades dentro del marco general de los estudios latinoamericanos.

Pero, al margen de esta primera pulsión de carácter personalista –es decir, relacionada con la presencialización del investigador concreto– por encima de todo, lo que termina por convertirse en el centro de una actividad de mayor calado es el de la revalorización del conocimiento pleno en sí mismo, es decir, todo el conjunto de saberes que potencialmente puede surgir –y de hecho surge– de los investigadores interconectados. Dicho de otro modo, lo que adquiere una presencia absoluta es todo el conocimiento derivado de la actividad académica que genera el conjunto de latinoamericanistas que alzan su voz en la esfera digital. Se trata, por tanto, de privilegiar el campo de estudios latinoamericanos frente a las otras muchas disciplinas que también navegan por la red de redes. Tal y como ahora lo hemos presentado, no debe quedar ninguna duda sobre el carácter de exigencia que esta misma afirmación conlleva. Exigencia, sí, pues tenemos por delante la ardua tarea de conquistar un espacio que ha sido vedado por mucho tiempo a nuestros estudios. Valga en este punto el trazo de una apostilla crítica para señalar el vicio que muchos especialistas hemos particularizado y sedimentado al no prestar la atención necesaria a todo lo que el proceso de revolución tecnológica experimentado en los últimos años ha traído consigo. Esta crítica tiene también un sello de tipo reivindicativo, pues creemos que aún no es tarde para recuperar el terreno perdido dentro del espacio de generación y presencialización de conocimiento sobre nuestras disciplinas respectivas. De lo que estamos aquí hablando, insistimos, es –en definitiva– de fortalecer esa presencia del latinoamericanismo en la red, de cubrir mayores espacios y ángulos, de profundizar y activar mejores y más eficaces canales de transmisión, transferencia e información, de aumentar el rigor científico que corre en paralelo al desarrollo de las prácticas académicas vinculadas al dominio de la red y todas sus posibilidades técnicas. La implementación y movilización de todas esas actividades solo pueden arrojar rendimiento positivos para nuestro campo de estudio. Uno de ellos, quizá el que ahora más nos importa señalar, consiste precisamente en hacer que nuestros estudios se sitúen aún más a la altura de los

valores socio-culturales de una de las comunidades humanas de mayor presencia demográfica a nivel mundial. Con ello, a fin de cuentas, lo que estaremos logrando es universalizar aún más esa presencia, darle una concreción y una sujeción más estable, pero también, sin duda alguna, más expuesta a cambios: todos aquellos que necesariamente surgen de la confluencia de conocimientos que el propio marco digital propicia y estimula. Una sociedad, esta, la nuestra, por tanto, acorde con los tiempos y que avanza según sus ritmos y sus oscilaciones.

CONCLUSIONES

Hay un déficit en la presencialización digital de los estudios en lengua española (esto es, tanto peninsulares como americanistas y también transatlánticos) en relación a otras tradiciones y culturas. Es cierto que podemos atribuir una parte de este déficit a la menor penetración de internet en las diferentes regiones (situación que se está corrigiendo con porcentajes de acceso a internet cada vez mayor entre la población hispanohablante y lusohablante), pero no resulta menos veraz indicar que hay signos de estrategias de presencialización crecientes, tanto por individuos como por organizaciones.

Con una huella creciente de la cultura que es objeto de estudio de los investigadores americanistas en el entorno digital, resulta imprescindible acercarse al objeto de estudio y, también, adaptar los recursos y mecanismos de difusión y colaboración que son fruto de la propia red. Los condicionantes exógenos parecen ser un obstáculo cada vez menor entre los investigadores y podemos considerar que se están estableciendo ya firmes pilares para unas Humanidades y Ciencias Sociales Digitales en los estudios americanistas, no solo por la consolidación progresiva de los diferentes grupos de estudio a un lado y otro del Atlántico, sino también por el contacto directo a través de las producciones de presencia en la sociedad-red mediante redes sociales, blogs y webs.

La aceleración y la glocalización pueden tener efectos adversos, por supuesto, y entre ellos está la glorificación de lo nuevo solo por el valor intrínseco de la novedad y no en términos cualitativos ni cuantitativos objetivos. Sin embargo, los efectos positivos resultan igualmente claros y casos como el de la plataforma *Latinoamericana. Asociación de Revistas Literarias y Culturales* ejemplifican las iniciativas que son fruto de la aceptación e integración de lo digital y de la sociedad-red como parte de la realidad circundante para todos nosotros.

Más allá de estas acciones directas, los proyectos de investigación y digitalización y difusión en red de objetos textuales, la integración del *Big Data* americanista en las Ciencias Sociales y el uso –tanto como herramienta como objeto de estudio en sí mismo– de lo digital representan una gran oportunidad. El mundo digital debe ser estudiado, analizado y conceptualizado con la tipología de reflexiones y estudios que las ciencias humanas pueden aportar frente a otras disciplinas del conocimiento; es una perspectiva necesaria para ayudarnos a comprendernos a nosotros no solo en nuestra realidad, sino también en nuestra virtualidad, que es –cada vez más– una realidad tan importante como la física.

BIBLIOGRAFÍA

"AltMetrics Manifiesto", última modificación 28 de septiembre de 2011. Acceso 29 septiembre, 2014. <http://altmetrics.org/manifiesto>.

Brea, José Luis. 2000. *Cultura RAM. Mutaciones de la cultura en la era de su distribución electrónica*. Barcelona: Gedisa.

Dussel, Inés y Luis Alberto Quevedo. 2010. "Educación y nuevas tecnologías: los desafíos pedagógicos antes el mundo digital". En *VI Foro Latinoamericano de educación. Educación y nuevas tecnologías. Los desafíos pedagógicos ante el mundo digital*, 9-75. Buenos Aires: Fundación Santillana.

Eco, Umberto. 2003. "Vegetal and mineral memory: The future of books", *Al-Ahram Weekly Online* 665. Acceso 20 octubre, 2014. <http://weekly.ahram.org.eg/2003/665/bo3.htm>.

Escandell Montiel, Daniel. 2014. *Escrituras para el siglo XXI*. Literatura y blogosfera. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.

Galeano, Eduardo. 1998. "Sobre los medios de la incomunicación". En *Internet, el mundo que llega. Los nuevos caminos de la comunicación*, editado por Ignacio Ramonet, 215-223. Madrid: Alianza.

Goldsmith, Kenneth. 2005. "It I Doesn't Exist on the Internet, It Doesn't Exist", *Electronic Poetry Center*, 27 de septiembre de 2005. Acceso 20 octubre, 2014. http://epc.buffalo.edu/authors/goldsmith/if_it_doesnt_exist.html.

Gracia, Jordi. 2011. *El intelectual melancólico*. Barcelona: Anagrama.

Gumbrecht, Hans Ulrich. 2004. *Producción de presencia. Lo que el significado no puede transmitir*, trad. Aldo Mazzuchelli. México DF: Universidad Iberoamericana.

Internet World Stats. 2014. "Internet Usage Statistics". Accedido 20 octubre, 2014. <http://www.internetworldstats.com/stats.htm>.

Koselleck, Reinhart (2000). *Aceleración, prognosis y secularización*, trad. Faustino Oncina Coves. Valencia: Pre-textos.

Lefebvre, Henri. 1974. *The Production of Space*, trad. Donald Nicholson-Smith. Malasia: Blackwell Publishing.

Lévy, Pierre. "Construir la inteligencia colectiva". En *Internet, el mundo que llega. Los nuevos caminos de la comunicación*, editor por Ignacio Ramonet, 100-106. Madrid: Alianza.

Lipovetsky Gilles y Sébastien Charles. 2005. *Los tiempos hipermodernos*, trad. Antonio-Prometeo Moya. Barcelona: Anagrama.

Lucía Megías, José Manuel. 2012. *Elogio del texto digital*. Madrid: Fórcola.

Merleau-Ponty, Maurice. 1958. *La fenomenología y las ciencias del hombre*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Nelson, Ted. 1992. *Literary Machines*. 12 ed. Michigan: The Distributors.

Orihuela, José Luis. 2006. *La revolución de los blogs*. Madrid: La esfera de los libros.

Rodríguez de las Heras, Antonio. 2001. *Los estilitas de la sociedad tecnológico*, *ardelash.es*. Acceso 20 octubre, 2014. http://www.ardelash.es/EsplendorEscritura/acceso_estilitas.html.